

SERIE DE CUADERNOS
LAS TIERRAS Y LOS MONTES
DE LA COSTA DE JALISCO

Coordinación General: Alicia Castillo
Universidad Nacional Autónoma de México

4

UN CUENTO DE JIMENA PAZ E ITZAMNA GÓMEZ

Un CANTO para la lluvia

ILUSTRACIÓN: ALEJANDRO AGUILAR BUSTOS



La producción de esta serie de cuadernos fue posible gracias al financiamiento de:

Laboratorio Comunicación para el Manejo de Ecosistemas
Centro de Investigaciones en Ecosistemas
Universidad Nacional Autónoma de México Campus Morelia

Fondo Mixto CONACYT- Gobierno del Estado de Jalisco
(FOMIX 2008-08-99050)

Este libro se realizó con recursos otorgados para Proyectos de Educación Ambiental, Capacitación para el Desarrollo Sustentable y Comunicación Educativa Ambiental, del Centro de Educación y Capacitación para el Desarrollo Sustentable, de la Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político.
Queda prohibido su uso con fines distintos a los establecidos por el programa.
Los contenidos de esta obra son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente los criterios de la SEMARNAT.

UN CANTO PARA LA LLUVIA

UN CUENTO DE JIMENA PAZ E ITZAMNA GÓMEZ
(LICENCIATURA EN CIENCIAS AMBIENTALES UNAM CAMPUS MORELIA)

DISEÑO EDITORIAL: MARGEN ROJO, S.C.
MARCOS CARRILLO 270 COL. VIADUCTO PIEDAD MÉXICO D.F. 08200
30 DE NOVIEMBRE 2012
DISEÑO: SUSANA ESCAMILLAZARZA
ILUSTRACIÓN: ALEJANDRO AGUILAR BUSTOS
COORDINACIÓN DE EDICIÓN: BLANCA COSS

D.R.© UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ISBN: 978-607-02-3732-4



UN CUENTO DE JIMENA PAZ E ITZAMNA GÓMEZ

Un CANTO para la lluvia

ILUSTRACIÓN: ALEJANDRO AGUILAR BUSTOS





A vibrant illustration of a mountain landscape. In the foreground, a young boy in a red shirt and blue shorts is fishing in a river. A lizard is on a log in the bottom left. A large eagle is flying in the sky. The background features green hills and blue mountains under a clear sky.

CAPÍTULO 1

Miguel, Rafa y Felipe estaban finalizando su día de cacería en el monte, cuando escucharon una melodía proveniente de un lugar oculto detrás de unos árboles grandes.

Con cautela, los niños se asomaron para ver qué estaba ocurriendo. De pronto se escuchó una voz grave y fuerte:

—¡Vamos, muchachos! ¡Recuerden que el concierto será mañana al atardecer!

Los niños se miraron entre ellos, extrañados, no podían creer lo que estaban viendo. Ocultos entre los árboles se encontraba un grupo de diversos animales. Estaban sentados alrededor de una gran roca, de la que sobresalía la figura de un sapo parado sobre ella. Desde donde estaban los niños el sapo se veía enorme, aunque sólo podían verlo de espaldas. Él daba las indicaciones con una vara que tenía en la mano derecha y todos los animales parecían muy atentos a sus movimientos.



La mayoría eran ranas, sapos y pájaros, pero también había grillos, saltamontes y chicharras. El sapo, cuya voz grave y fuerte parecía resonar por todo el monte, se llamaba Fortunato Buffoni y era cantante y director de orquesta.

Miguel estaba tan asombrado que los ojos se le pusieron redondos como platos. No le había creído a su abuelo cuando le dijo que los animales podían hablar. Pensaba que éste inventaba la mitad de las cosas que decía; al menos eso le había dicho su padre. El papá de Miguel era una persona seria, pasaba la mayor parte del tiempo en la parcela y fue él quien le enseñó a cazar, actividad que realizaba a menudo con sus amigos. Al ver la escena se le ocurrió algo y les dijo a Rafa y Felipe:

—¿Se dan cuenta de lo que acabamos de descubrir? —les preguntó en voz baja— ¡Pero si es nuestro premio mayor! Si cazáramos a todos estos animales podríamos superar el record de Gabriel, que capturó 8 sapos, 4 lagartijas y un perico en un solo día. Si los tomamos ahorita por sorpresa, ¡seguro que

atrapamos a todos!

—¡Shhhh! —le dijo Rafa a Miguel con un dedo entre los labios para que bajara la voz. Rafa, hermano menor de Felipe, siempre había sido un poco temeroso. Generalmente se quedaba en casa a jugar carritos o a ver la tele, pero esta vez había decidido acompañarlo, pues de este modo Felipe sabría que también era valiente y ya no se podría burlar de él.

—¡Calma, Miguel! —le dijo también Felipe a su mejor amigo—. ¿Qué no escuchaste lo que dijo el sapo? ¡Tonto! ¡Ese concierto va a ser mañana! ¡Eso significa que vendrán más animales! Además, si nos esperamos podemos planearlo mejor.

—¡Ah, qué listo eres! —contestó Miguel—. Está bien, vendremos mañana preparados.

—¡De acuerdo! Entonces la cita es mañana al atardecer —concluyó Felipe—. Traeremos las resorteras y algunas trampas. Nos vemos en la higuera después de comer.



Los niños tomaron sus cosas, entre ellas un par de lagartijas muertas que acababan de cazar y, procurando no hacer ruido, caminaron hacia el pueblo.

Justo encima del sitio donde los niños habían estado unos segundos antes, una rama se movió en ese momento. Algo parecido a un ratón estaba en el árbol: tenía orejas paradas y redondas, nariz puntiaguda y una cola larga que se sujetaba con fuerza a la rama. Aquel animalito se llamaba Charly Tlacuachín, y acababa de escuchar todos los planes de los niños sin

que ellos se dieran cuenta. De inmediato, Charly saltó de rama en rama para avisar a los demás animales. Comprendía la gravedad de la situación.

–Si el concierto no se lleva a cabo, no habrá lluvia este año –pensó Tlacuachín mientras corría hacia Fortunato Buffoni– tendremos que evitar que esos niños vengan a atraparnos, mmm, pero ¿cómo? –se preguntó nerviosamente y siguió saltando entre los árboles lo más rápido que pudo para llevar la noticia.





CAPÍTULO 2

Como todos los domingos después de desayunar, Mateo y Julia habían salido a jugar al monte de los alrededores de su casa.

A Mateo, que era el hermano mayor de Julia, le encantaba cazar animales, por eso, desde que su tío Martín le regaló una resortera, la cargaba para todos lados.



Julia en cambio, se enojaba cuando su hermano mataba animales. A ella sólo le gustaba atrapar bichitos para observarlos; sus favoritos eran las luciérnagas, que salían después de que se metía el sol. A veces jugaba con Mateo a ver quién agarraba más. Las metían dentro de un frasco y las miraban por un rato, luego las dejaban ir.

Ese día, mientras Julia intentaba atrapar una mariposa amarilla que posaba sobre una flor, Mateo vio a su siguiente presa: una lagartija rayada de cola azul que estaba tomando el sol sobre una piedra. Él no lo sabía, pero se trataba del mismísimo Lorenzo Lagartijo, famoso entre los animales del monte por sus travesuras. Aquella




mañana, Lorenzo, después de buscar por todas partes a su amigo Charly Tlacuachín y no encontrarlo, decidió ir a explorar las afueras del monte. Escogió una piedra cómoda y se puso a tomar el sol, una de las cosas que más disfrutaba. Estaba tan relajado que no se dio cuenta de que un niño lo miraba atentamente.



En cuanto Mateo vio a la lagartija, sacó su resortera del pantalón y agarró la primera piedra que vio en el suelo, apuntó hacia el indefenso animal y disparó. La piedra pasó de largo por encima de Lorenzo. Cuando éste se dio cuenta de lo que estaba pasando, dio un salto y corrió despavorido hacia el monte. Mateo fue tras él de inmediato. –¡Ya deja en paz a esas lagartijas, Mateo! –le gritó Julia a su hermano al verlo correr con la resortera.



Mateo ignoró los gritos de su hermana y siguió corriendo, ¡no podía perder de vista a su presa ni un segundo! Lorenzo escapó lo más rápido que pudo, pero no logró quitarse a ese molesto niño de encima. 

–¡Ay, estos humanos! –pensó Lorenzo Lagartijo mientras corría a toda prisa– ¡nunca lo dejan a uno tomar el sol a gusto! ¡¿Qué no se puede descansar como Dios manda?!– se preguntó muy enojado– ¡Siempre tengo que salir huyendo de esas cosas tirapiedras!

Al ver que Mateo no le hacía caso, Julia

decidió ir tras él. Así fue como, sin darse cuenta, los niños se internaron en la espesura del monte.

Después de varios minutos de no poder alcanzar a su hermano, Julia comenzó a desesperarse.

–¡Mateeeeeooooo!, ¡Espérameeeeeeee! ¡No vayas tan rápido! –gritó muy agitada.

Mateo odiaba que su hermana lo siguiera a todos lados, y más ahora que estaba a punto de atrapar a esa veloz lagartija. A lo lejos se escuchó su respuesta:

–¡Yo no te dije que vinieras, Julia! –dijo





Mateo con un grito y continuó corriendo. No se dio cuenta de una raíz levantada en el suelo y tropezó. Sin pensar en el trancazo que se dio, levantó la vista buscando a su presa. Extrañamente la lagartija también se había detenido. A lo lejos se escuchaban los pasos de Julia, que ya se aproximaba. Mateo, con resortera en mano, le apuntó a la lagartija.

–No puedo fallar... –se dijo en voz baja.

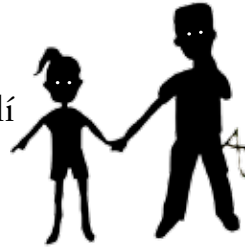
Pero justo cuando estaba a punto de disparar, se escuchó el grito de Julia, que parecía muy asustada.

–¡Mira! –Mateo levantó la vista y descubrió que numerosos ojos los observaban fijamente. En cuanto los vio, Mateo se puso de pie y escondió la resortera en su bolsillo. Agarró a su hermana de la mano y le hizo una seña para que guardara silencio.



CAPÍTULO 3

Lorenzo Lagartijo estaba inmóvil, en su loca carrera para salvarse el pellejo había traído a los pequeños humanos hasta el sitio sagrado del monte, el punto donde el Consejo de los Ancianos del Monte se reunía el día anterior a la sexta luna llena del año.



Ningún humano había estado allí antes, el secreto de los animales acababa de ser revelado ante los ojos de Julia y Mateo.

–¡Perdón, lo siento mucho! –dijo Lorenzo agitado–, estaba asoleándome y este niño me tiró una pedrada y yo corrí y me estaba siguiendo y creí que lo iba a perder, no me di cuenta hacia dónde me dirigía, jamás pensé que estarían ustedes aquí ¡lo siento, de verdad lo siento! ¡No me castiguen, por favor! –terminó de decir casi sin aliento.

–Calma, Lorenzo –dijo un enorme armadillo que se encontraba de pie frente a ellos. En efecto, acabas de interrumpir una reunión muy importante relacionada con el concierto, el cual parece que está en riesgo.

–¡Qué! –le contestó Lorenzo– ¡No es posible, eso significaría un año sin lluvias! ¡No, no, no, no! ¡No lo voy a permitir! Si quieren, yo les puedo ayudar –terminó de decir con tono confiado.

Mientras Lorenzo hablaba con el armadillo, Julia y Mateo intercambiaban miradas de extrañeza. Mateo no podía creer lo que estaba viendo. Los animales no sólo hablaban, sino que además estaban discutiendo... ¿sobre un concierto? Y, ¿qué tenía que ver la lluvia en todo esto?

En ese momento el armadillo se dirigió a ellos. Era la primera vez que Julia veía a un armadillo. Sólo los conocía porque una vez la maestra les había leído un cuento de su libro de lecturas donde aparecía el dibujo de uno, pero para nada había tenido



el tamaño que tenía el que estaba frente a sus ojos.

–Muy buenos días, jovencitos –dijo el gran armadillo–. Disculpen a este pobre reptil por no habernos presentado, mi nombre es Nicanor y soy el presidente del Consejo de los Ancianos del Monte, estos son mis compañeros –dijo con un tono educado y señaló a los demás miembros del Consejo.

Mateo y Julia miraron a su alrededor, los demás animales los saludaban con un movimiento de cabeza. Había de todo, búhos, lechuzas, un par de tejones, una tortuga, un windure e incluso algunas ser-

pientes colgadas de los árboles. Los niños tuvieron la impresión de que eran animales realmente sabios, sus miradas eran serenas e indescifrables. De alguna manera, Mateo empezaba a darse cuenta de que los animales podían llegar a sentir tanto como los humanos y eso, sin saber por qué, le quitaba las ganas de cazarlos. Además vio que eran seres interesantes, sobre todo esa lagartija parlanchina a la que le costó tanto trabajo perseguir.

–Pero vamos, dígnanos ustedes sus nombres –continuó el armadillo–. Hay muchas cosas que les queremos explicar antes de que vayan a emprender su gran misión.



–¿Gran misión? ¿Cuál gran misión? – preguntó Lorenzo con extrañeza.

–Precisamente, Lorenzo, en la que tú les vas a auxiliar, ¿Acaso no acabas de decir que podías ayudar? –le preguntó el armadillo Nicanor a la pequeña lagartija.

–¡Ah, por supuesto que lo dije! Pero yo no necesito de esos humanos, yo solo puedo hacer cualquier cosa que ustedes me digan –afirmó Lorenzo con gran seguridad. Después miró a Mateo de reojo, alzó la ceja y se dio la vuelta mirando hacia arriba y diciendo “¡Jum!”

Ignorando a Lorenzo, Nicanor se volvió a los niños y dijo:

–Perdónenlo otra vez, a veces puede ser muy insoportable. Pero continúen, por favor, estaban por decirnos sus nombres. Mateo se armó de valor y tomó la palabra.

–Pues... yo me llamo Mateo y ella es mi hermana Julia, vivimos en la casita que está junto al potrero de allá abajo y llegamos aquí porque estaba persiguiendo a esa lagartija.

Hizo una pausa y luego continuó.

–Ahora que los conozco –dijo Mateo– me parece que contarles esto a mis amigos será más emocionante que llevar una lagartija muerta para presumir –Lorenzo tragó saliva–. Así que no te preocupes, ya no planeo cazarte –dijo mirando al reptil. Julia pareció alegrarse al escuchar eso y entonces intervino:

–¿Y por qué tienen problemas? Si quieren, mi hermano y yo les podemos ayudar, ¿verdad, Mateo?

–Ajá... –contestó un poco inseguro– ¿Cuál es la misión?

–¡Perfecto, perfecto! –exclamó el Armadillo–. No creerán que llegaron aquí por pura coincidencia, ¿o sí? Algo deben tener para que los haya mandado la madre naturaleza a defender su gran concierto. ¡Nos van a ser de mucha ayuda!

–¿Ves, Mateo? Te dije que los animales eran buenos.



CAPÍTULO 4

Mateo y Julia estaban un poco nerviosos: ni en sus más fantásticos sueños se habían imaginado una situación como en la que ahora se encontraban.

En el fondo, a Mateo le gustaba la idea de participar en una misión de verdad, no como las que inventaba con sus amigos. A Julia le encantaba la idea de escuchar a los animales hablar y se sentía muy contenta de que su hermano también lo hiciera.

Nicanor, entusiasmado, comenzó a contarles el motivo del concierto.

–Resulta que es de suma importancia que los animales de todas las selvas y bosques del mundo llevemos a cabo, como lo dicta la tradición, un concierto en honor a la lluvia, justo al comenzar la sexta luna del año. Se ha hecho por miles de generaciones y ahora es nuestro deber. Gracias al concierto, las lluvias se deleitan y vienen a caer al monte y sus alrededores. Por eso, si no lo hacemos, las aguas no van a llegar. Entonces los árboles y las

plantas no se pondrán verdes y los ríos no se van a llenar, ni de agua ni de peces. Los humanos, como ustedes, no tendrán alimentos para comer ni agua para tomar. ¿Entienden la importancia que tiene este concierto? No sólo para nosotros sino para todos los seres vivos.

Ellos asintieron en silencio. Escuchaban con atención a Nicanor. A pesar de que nunca habían escuchado sobre algo así, parecía haber mucha verdad en el relato del armadillo.

–El problema que tenemos ahora –continuó el armadillo– tiene que ver también con unos niños como tú, Mateo. Son tres. Nos dijo Tlacuachín que los escuchó platicar y todos traían esos aparatos que lanzan piedras. Fue ayer por la tarde cuando descubrieron a Fortunato Buffo-

ni y la orquesta en pleno ensayo. Parece que acordaron venir hoy a la charca para cazar a todos los animales que estuvieran allí. Por eso es que estamos en graves aprietos. Pero ahora que están ustedes aquí creemos que podrían ser de gran ayuda. Lo único que tienen que hacer es dirigirse a la charca y pensar en un plan para asustarlos y que no vuelvan jamás a cazarnos.

De repente algo saltó al caparazón del armadillo.

—¿Lagartijo, dónde te habías metido? ¡Te estaba buscando! —comenzó a gritar Tlacuachín— Vine a decirle a Nicanor lo del problema del concierto y salí a buscarlo, pero en eso unas chachalacas me dijeron que unos niños te estaban correteando, ¡qué susto!, ¡pensé que ya serías un costal de...!

En ese momento Lorenzo Lagartijo tosió con fuerza para evitar que su amigo terminara la frase. Aunque lo logró, volvió a sentir un escalofrío como el que le había producido Mateo hacía un par de minutos y lamentó ser una lagartija pequeña y

vulnerable y no un temible jaguar.

—Pero, ¿quiénes son estos niños, Nicanor? ¿No eran ellos los del otro día? —dijo Tlacuachín cuando notó la presencia de Mateo y Julia.

—Lorenzo los va a llevar hacia Fortunato, tú también puedes acompañarlos, Tlacuachín. Sirve que Lagartijo te cuenta las últimas noticias —le dijo Nicanor con una sonrisa—. ¡Les deseo mucha suerte! ¡Vayan ahora, no hay tiempo que perder! ¡Estaremos por siempre agradecidos con ustedes!

Y así, el nuevo equipo emprendió su camino.





Los niños iban ansiosos, muchísimas preguntas daban vuelta en su cabeza. ¿Desde cuándo los animales pueden hablar? ¿Qué hacen? ¿Dónde viven? ¿Tienen mejores amigos? ¿Comen paletas y nieves? ¿Qué sueñan?

CAPÍTULO 5

Las preguntas eran tantas que estuvieron un rato callados.

Mientras tanto, Lorenzo empezó a contarle a su amigo con lujo de detalle todo lo que le había pasado durante la mañana, desde que estaba tomando el sol sobre esa piedra, hasta que fue correteado y llegó al único sitio del bosque adonde no tenía que haber llegado; además había metido la pata diciéndole a Nicanor y al Consejo que él podía ayudar a resolver lo del concierto, condenándose a ser lo que él llamaba “el niño oficial del bosque”.

Cuando Lagartijo concluyó su relato, Tlacuachín empezó a contarle lo que había pasado la tarde anterior y lo preocupado que estaba por la terrible situación que hacía peligrar no sólo la vida de Fortunato Buffoni y de los miembros de su orquesta,

sino la de todos los habitantes del monte y sus alrededores, ya que en este planeta no existe planta, animal o humano que pueda vivir sin agua. En esas andaban cuando un escándalo cercano los interrumpió. Estaban por entrar a un corredor de árboles altos y con pocas hojas ya que la temporada de lluvias todavía no iniciaba. Se oía tal relajo que parecía la plaza del pueblo cuando hay baile. Mateo y Julia se dieron cuenta que sobre las ramas se encontraban montones de periquitos, verdes y regordetes, causando el griterío.

—Esa es la vecindad Catarina -dijo Lorenzo a los niños, provocando que los pericos notaran la presencia de los caminantes-. Primero hubo un silencio rotundo, pero en seguida pasó a ser un escándalo de lo más ensordecedor y se formó, en segundos, un

remolino verde que salió despavorido hacia el cielo. Entre los gritos de la parvada, Mateo y Julia escucharon:

—¡No dejaremos que nos lleven a sus cárceles! ¡Somos inocentes, somos inocentes!. Todos se fueron volando menos uno, que bajó al suelo justo frente a los niños. Era doña Cata, quien había sido la única en ver que Mateo y Julia venían con Charly y Lorenzo, dos grandes amigos de la familia Pericón.

—¡Qué espantada nos metieron, Tlacuachín! —dijo doña Cata alarmada— ¡Ya andábamos pensando que estos humanos venían por nosotros!

—¿Quiénes, éstos? —le contestó Lorenzo— ¡Pero si no atrapan ni a una triste lagartija! —dijo con risa burlona.

—¿Pero quiénes son estos chamacos, entons? —preguntó extrañada.

—El Consejo los ha enviado para que nos ayuden a defender el concierto, doña Cata: unos niños han decidido que vendrán a cazarnos esta misma tarde.

—¡Ah, no! ¡Pero qué insolentes escuin-

cles! —exclamó de pronto doña Cata— ¡Entons seguro fueron ellos los que se llevaron a mi sobrino Paquito el otro día! —dijo muy preocupada— ¡Por favor, nos tienen que ayudar a rescatarlo! Paquito es del otro monte —continuó explicando la señora Pericón—, es hijo de un primo mío, es el menor. ¡Ay, pobrecito de mi niño! Fue capturado por unos humanos como ustedes —les dijo mirando a Julia y a Mateo— ¡Lo llevaban entre rejas, como criminal! ¡Ay, Diosito, todo por andar volando descuidado! ¡Estoy muy desesperada, prometí cuidar de él! Allá en su monte ya casi no quedan árboles porque la gente los ha talado, ya no les dan oportunidad de crecer, por eso tienen que venir nuestros parientes desde lejos, no sólo a comer sino que hay veces que hasta buscando otra casa andan. Paquito no sabía bien cómo moverse por estos rumbos. Estaba por los árboles del potrero cuando en eso lo agarraron. Claro, porque pa'acabarla de amolar, ¡se la han pasado capturándonos! Yo nomás no entiendo, no sé qué chiste le ve la gente a



tener a unos pobres pericos ahí encerrados en sus casas, ¡todos flacos y tristes!

Mientras doña Cata les platicaba la terrible noticia, Julia se acordó de aquellos verdes pericos, los había visto afuera de la casa de Rafa el otro día que pasó por ahí, una vez que fue a comprarle una paleta helada a su vecina. La señora estaba platicando con la mamá de Rafa y le dijo que esos periquitos se los había traído Felipe el otro día que acompañó a su papá al monte por la leña.



Julia se sintió muy angustiada “¡Seguro que es uno de esos!” pensó en voz alta.

–¿Lo has visto? –le dijo doña Cata– ¡Dime, hija, por favor, dónde está mi polluelo, ayúdenme a recuperarlo! Se los agradecería infinitamente.

– Sí, señora, la mamá de Rafa y Felipe tiene una jaula llena de periquitos afuera de su casa, seguro es uno de ellos –le contestó Julia– mi hermano y yo podríamos liberarlos un día que ellos no estén, ¿verdad, Mateo?

Mateo había estado callado, escuchando a doña Cata con mucha atención. No sabía que los pericos tuvieran tantos problemas. Jamás se había puesto a pensar qué sentirían los pericos al estar toda la vida adentro de una jaula, viendo volar allá afuera a todos sus amigos. Tenían que rescatar a Paquito y a los otros, ¡tenían derecho a estar en libertad!

–Claro –contestó Mateo–, ellos siempre salen con sus papás los sábados y regresan hasta la noche, está súper fácil –le dijo animado– cuando volvamos los rescataremos, se lo prometemos doña Cata.

–¡Ay mis niños, pues muchas gracias! ¡Que el cielo los proteja!

–Bueno, doña Cata –intervino Tlacuachín–, me da mucha pena pero tenemos que dejarla, se hace tarde y todavía tene-



mos mucho camino que recorrer. Con su permiso, cuídese.

–¡Hasta Luego! –dijeron todos al mismo tiempo.

–Muchas gracias, mis niños –les gritó doña Cata ya desde el aire– que el bosque los bendiga y tengan mucho éxito –y después de dar vueltas alrededor de los niños, se fue revoloteando para contar a

todos sobre Mateo y Julia y de cómo iban a rescatar a Paquito y a sus primos.

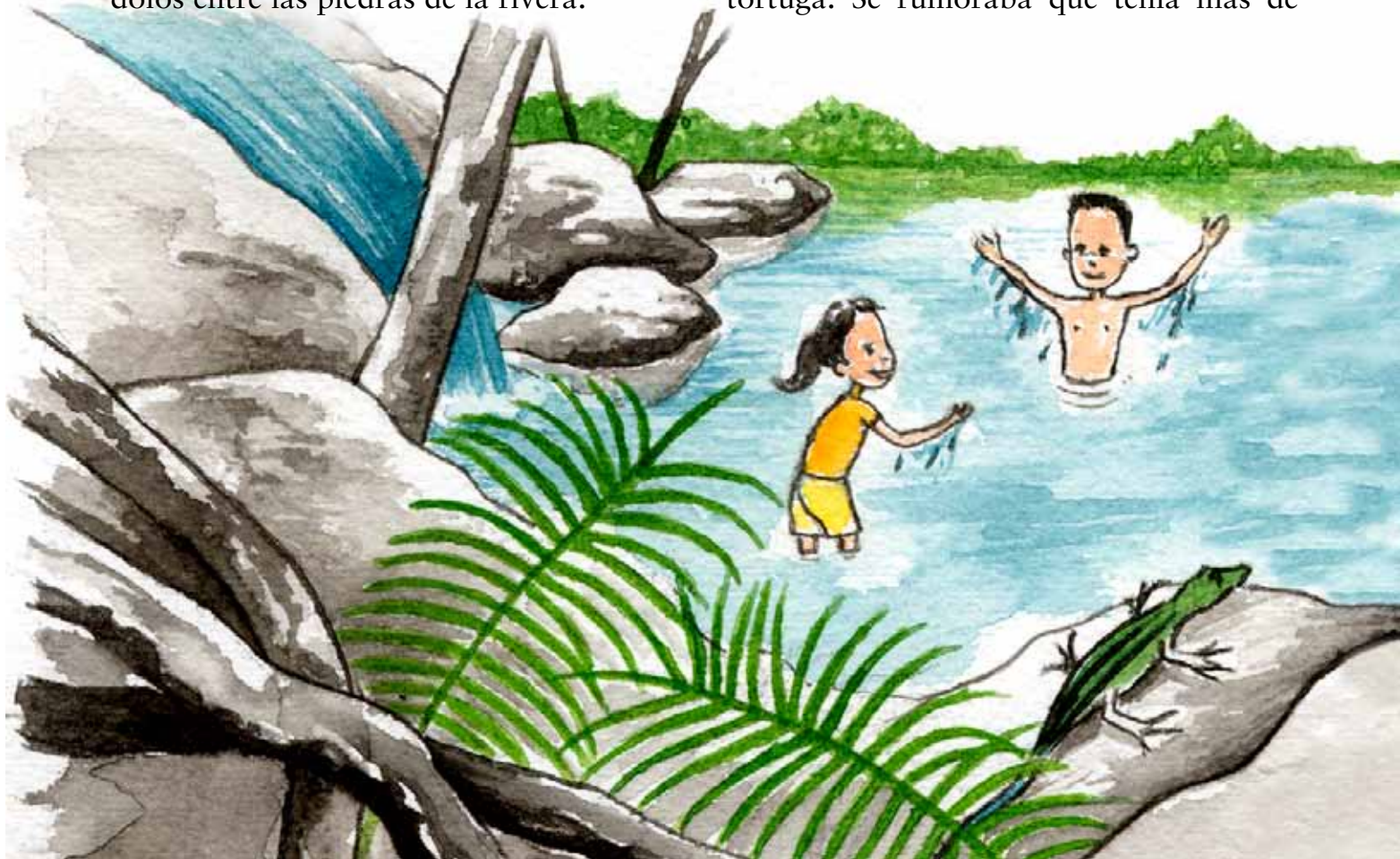
Los cuatro caminantes siguieron el sendero. Iban bastante animados, por un momento los abrazó la esperanza y se sentían seguros para enfrentar los grandes retos que estaban por venir.

CAPÍTULO 6

Después de recorrer bastante trecho, Mateo y Julia se sentían un poco sedientos, pero no se atrevían a decir palabra porque sabían la urgencia de la misión. Al fijarse en el camino se dieron cuenta de que al fondo se veía un pequeño río.

–Vengan por acá, síganme –les dijo Lorenzo Lagartijo a los niños, conduciéndolos entre las piedras de la rivera.

Lorenzo y Tlacuachín los llevaban a la poza de doña Casquito, la legendaria tortuga. Se rumoraba que tenía más de

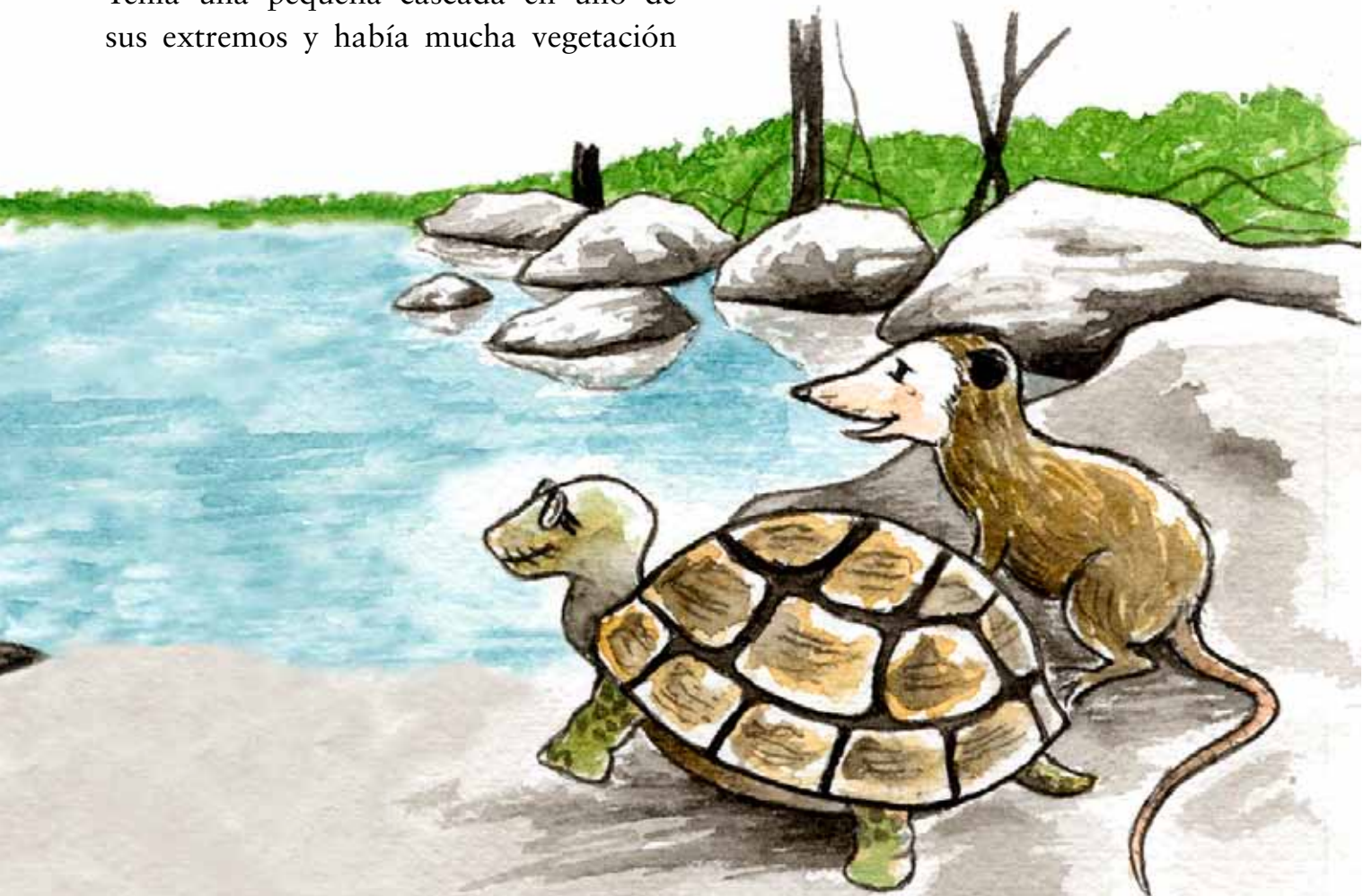


100 años de edad. Si alguien sabía de la historia del bosque y había visto todos sus cambios, era ella.

Llegaron a un manantial, transparente como el cristal, suficientemente profundo para que Mateo y Julia cupieran sentados sin que el agua les llegara a la cara. Tenía una pequeña cascada en uno de sus extremos y había mucha vegetación

alrededor. Entre ella se encontraba un gran árbol de amate amarillo, cuyas raíces gordas y largas se extendían como manos abrazando el suelo.

–¡Pero miren nomás quién viene por ahí! –dijo la tortuga al ver a los nuevos visitantes.



–Buenas tardes, Doña Casquito – saludaron Lorenzo y Tlacuachín a la par.

–¿De dónde vienen, muchachitos, que se ven bastante sedientos y acalorados? –les preguntó la tortuga–. ¿Y quiénes son sus acompañantes? Por favor, invítenlos a pasar y vengan a darse un chapuzón, que buena falta les hace.

A Mateo y a Julia les brillaron los ojos cuando doña Casquito dijo eso, rápidamente se quitaron todo lo necesario y se metieron de un brinco a la poza. El agua estaba a la temperatura perfecta y su frescura los hizo relajarse. Se sentían muy felices de estar ahí.

Tlacuachín y Lorenzo, también contentos por descansar, se acercaron a tomar un poco de agua y le contaron a doña Casquito sobre sus nuevos compañeros y el motivo de su travesía.

–El agua, mis niños, es nuestro bien máspreciado, la vida entera existe por su presencia –les dijo la anciana sabiamente–.

Este concierto es de gran importancia para el monte y para todos aquellos que

nos beneficiamos de la lluvia, los ríos, los arroyos, los lagos y lagunas. Me alegra saber que ustedes, pequeños humanos, lo han entendido. Mateo y Julia asintieron.

La tortuga les explicó la importancia de que las nuevas generaciones entiendan el valor que tiene cuidar el monte y todos los ríos y arroyos que bajan de las montañas, pues de ellas dependerá que siga existiendo la vida en el futuro.

–Cuando yo era un poco más joven –continuó doña Casquito–, este manantial, ahí como lo ven, daba tanta agua que formaba un río grande y caudaloso. No como ahora, que es sólo un pequeño arroyo. Yo no fui la única que disfrutó de sus aguas. Cuando los humanos llegaron a esta región decidieron que podían aprovecharlo para regar sus cultivos y producir los alimentos que comerían. Entonces empezaron a quitar algunas partes del monte y las volvieron lugares de cultivo. Durante algunos años funcionó así, el flujo del río era constante y alcanzaba para quitar la sed a todos, así fuese un árbol, niño, animal

o milpa. Pero, conforme más personas vinieron y los pueblos se multiplicaron, fueron cortando más y más árboles, algunos para venderlos a personas que no vivían en esta región; otros para poner casas o para tener nuevas áreas donde cultivar. Nadie se imaginó que esos actos tendrían severas consecuencias. Poco a poco, con las temporadas de lluvias, el agua cristalina de este río se fue volviendo espesa y café. Fue como si a todo el cerro se lo hubiera llevado el agua y hubiera venido a parar aquí. Pero eso sólo fue el principio –continuó doña Casquito–. Con los años, mi pobre río empezó a traer menos agua. Antes eso no pasaba, pero desde que tumbaron muchos de los árboles algo sucedió. ¿Ustedes saben qué pasó? –les preguntó a los niños.

Los niños movieron la cabeza al mismo tiempo, en forma de negación.

–Pues resulta que los árboles y las plantas tienen, por debajo del suelo, largas raíces que les ayudan, entre otras cosas, a agarrarse a la tierra para que no

se caigan. Tienen que abrazarla con tal fuerza que le ayudan al suelo, al mismo tiempo, a que el agua no se lo lleve cuando fluye por encima. Al contrario, más bien las raíces dejan huequitos en la tierra para que el agua se meta y viaje por debajo de la superficie. Así, la tierra se va escurriendo hasta llegar a la madre roca. Sobre ella se va acumulando el agua, como formando un manto, que fluye entre las entrañas de la tierra hasta que encuentra un manantial por donde salir.

–Mmm... ¿Pero eso qué tiene que ver con lo que pasó en su río? –preguntó Lorenzo Lagartijo un poco confundido.

–Dime tú, querido, ¿qué pasó cuando quitaron los árboles del monte? Ya no hubo raíces, ¿cierto? O sea que dejaron de ayudarle a la lluvia para hacerles el caminito que la guiara hacia el interior. Esto provocó que las corrientes de agua sólo avanzaran por la superficie, y por eso arrastraron toda la tierra suelta a su paso hasta llegar aquí.





–Y por eso es que el agua del río se puso café –explicó Mateo.

–Porque el suelo ya no estaba amarrado con las raíces de los árboles y el agua se lo llevó –terminó de decir Lorenzo.

–¡Así es, mis pequeños! –les contestó la tortuga–, y como el agua sólo escurrió por encima y no se metió en el suelo, el manto subterráneo de agua dejó de llenarse, por eso los manantiales que alimentan este río dejaron de dar la cantidad que antes daban.

–Pero, señora –intervino de pronto Julia, que había estado muy callada escuchando la explicación de la anciana tortuga–, ¿cómo es que usted supo todo esto? En la escuela nunca nos lo han enseñado. Usted debe ser muy sabia.



La tortuga sonrió agradecida por el cumplido.

–Yo tampoco lo supe al principio, mi niña. Me ha tomado toda una vida entender cómo funciona nuestro monte, las relaciones que tiene cada planta o animal con todo en su conjunto, para mantenerlo en armonía. Pero si observas con atención las cosas que pasan a tu alrededor y te escuchas a ti misma, te sorprenderás de ver cómo cada uno de nosotros está relacionado con la naturaleza, nuestro hogar.

Julia sonrió. Las palabras de la tortuga le harían reflexionar mucho durante el resto de su vida.



CAPÍTULO 7

Para cuando el grupo se despidió de doña Casquito, el cielo comenzaba a nublarse anunciando la inminente llegada de la lluvia.

La tarde estaba por iniciar y todavía no habían planeado cómo evitarían que los otros niños arruinaran el concierto. Este hecho había puesto un poco tensos a los miembros del grupo y aceleraron el paso.

A Julia y a Mateo les parecía que habían pasado siglos desde que dejaron su casa aquella mañana y se internaron en el monte. Ahora sabían muchísimas cosas nuevas y habían conocido a varios de los habitantes del bosque.

El viento soplaba cada vez con mayor fuerza, el cielo que antes era azul y soleado, se había tornado gris. Cada uno de los miembros del grupo caminaba inmerso en sus pensamientos cuando de pronto, un destello blanco atravesó el paisaje. Enseguida se escuchó el graznido de un ave en



la lejanía.

–¿Viste eso, Mateo? –preguntó Julia.

–Creo que sí. ¿Qué fue? –contestó un poco confundido.

El sonido se escuchó nuevamente y en seguida un ave blanca, con sus largas alas extendidas apareció en el cielo. Tlacuachín y Lorenzo también la vieron. Todos quedaron asombrados.

–Parece que la lechuza de la montaña nos ha venido a cuidar –dijo casi en un susurro el pequeño Tlacuachín, todavía boquiabierto–. Rara vez se le ve de día, sólo cuando algo importante está por ocurrir o cuando siente que habrá problemas. Vuela sobre el monte para echar un vistazo y si ve algo malo, nos alerta a todos con su ulular.

–Podría ser que ya ha visto a... –intervino Lorenzo Lagartijo.

De pronto unas voces ruidosas se escucharon a lo lejos, perturbando la serenidad del monte.

–¡... los niños que ya vienen a cazarnos!
–terminó de decir Lorenzo con temor al escuchar los gritos de los niños.

La lechuza, que seguía sobrevolando, ululó una vez más. Pero justo en ese momento, un golpe sordo ahogó su voz. En seguida se escucharon los gritos y las risas de los niños y, finalmente, el ruido de algo que caía entre los árboles. Julia corrió en esa dirección y Mateo fue tras ella.

Entre unos arbustos, Julia encontró al ave con un ala lastimada. Cuidadosamente, la niña la tomó entre sus brazos y comenzó a acariciarla. En ese momento, tres niños aparecieron entre los árboles, eran Miguel, Felipe y Rafa.

Los tres niños eran conocidos de Julia y Mateo porque también iban a la escuela del pueblo, pero nunca se habían llevado con ellos. Cada uno venía cargando su resortera y Rafa, además, traía una pequeña jaula. Cuando Felipe vio que Julia estaba cargando a la lechuza, le



exigió que se la entregara, pues decía que él le había disparado y por eso ahora le pertenecía. Julia le dijo que era un tonto por haberlo hecho y que por su culpa la lechuza de la montaña estaba herida. Los niños empezaron a reírse cuando Julia dijo eso, pero Mateo intervino para defenderla. Estaban en plena discusión, casi a punto de pelearse, cuando comenzó

a soplar un viento muy fuerte y una neblina, de súbito, los envolvió. Después de eso ya no se veía nada y todo se puso blanco. El viento se volvió un torbellino que los levantó del suelo. Los cinco niños empezaron a girar en el aire, estuvieron dando vueltas durante varios segundos hasta que finalmente, aterrizaron.





CAPÍTULO 8

Los niños poco a poco comenzaron a despertar. Un extraño calor se sentía en el aire, provocando que la neblina se disolviera. Se miraron entre ellos, como si buscaran asegurarse de que no había sido un sueño lo que les había pasado. Observaron a su alrededor.

El paisaje había cambiado por completo, los árboles habían desaparecido y en vez de éstos sólo había algunos arbustos espinosos, matorrales y cactus. El suelo era casi arena, porque ya no tenía la tierra negra formada por las hojas secas de los árboles, y no se veía el río por ningún lado. Los rayos del sol pegaban más que nunca y el calor era insoportable.

—¿Alguien sabe dónde estamos? —dijo Miguel rompiendo el silencio— ¿O cómo fue que llegamos aquí?

—Estamos como en otro planeta —dijo Mateo—, tal vez el torbellino nos transportó.

—Pero... —dijo Felipe— debe ser un planeta muy parecido al nuestro, porque esas montañas son iguales a las que se ven desde mi casa.

—Sí, es cierto —dijo Julia—, son como las que se ven desde mi ventana.

—Oigan —intervino Rafa—, hace mucho calor. Voy a buscar una tiendita para comprarme un refresco. ¿Quién me acompaña?

—Rafa —dijo Felipe—, no creo que en este planeta haya tienditas. De hecho, lo más probable es que en este planeta no haya agua...

Un gemido de sorpresa se escuchó entre los niños. Rafa estuvo a punto de ponerse a llorar, pero su hermano lo consoló. Ninguno de ellos había pensado en esa posibilidad. Un mundo sin agua no es posible para vivir, Mateo y Julia ahora lo sabían.

—¿Y si en realidad no estamos en otro planeta, sino que viajamos en el tiempo?

–preguntó Julia–. Esas montañas no se movieron de ahí, es como si siguiéramos en el mismo lugar sólo que ahora está seco y casi sin vida.

Los niños se quedaron callados, mirando a su alrededor.

La lechuza, que todavía se encontraba herida entre los brazos de Julia, comenzó a despertar. Sus ojos eran grandes y su mirada profunda, movía el pico, como tratando de decir algo. Estaba inquieta pero le costaba trabajo mover el ala.

Felipe, Rafa y Miguel se sintieron extraños al mirarla. Nunca habían visto tristeza en un ave, siempre habían creído que los animales no sentían. Por primera vez en su vida se arrepintieron de haber herido a su presa.

–Tenemos que hacer algo –dijo Mateo–. Vamos a buscar a alguien que nos ayude a regresar a nuestro pueblo, no creo que seamos los únicos aquí, ¿verdad? Sobre el horizonte, las ondas de calor proyectaron una silueta.

–¿Qué es eso? –preguntó Miguel al

descubrirla.

–Quién sabe –contestaron los demás.

–Parece un... ¡se parece al sapo del concierto! –dijo Rafa entusiasmado–. Vamos hacia él, seguro que nos puede ayudar.

Los niños caminaron hacia la silueta, que se fue volviendo más grande y clara conforme se acercaron. El sapo estaba sobre una roca, de espaldas y con una varita en la mano, tal como lo habían visto el día anterior, cuando lo descubrieron ensayando. Pero ahora, no había ninguna charca frente a él, ni otros animales tocando. Sólo un hoyo con arena y, al frente, nada...

–Buenas tardes, señor sapo –lo saludó Rafa.

El sapo, que no se sorprendió al escucharlo, contestó:

–Qué tal, niños, nos volvemos a encontrar, ¿eh?

–Por favor, señor sapo –dijo Julia–, ¿usted sabe en dónde estamos? Un torbellino nos trajo hasta aquí y no sabemos cómo regresar.

–Sí, díganos cómo regresar a nuestro



planeta –le dijo Rafa–, ¡aquí hace mucho calor!

El sapo, Fortunato Buffoni, rió al escuchar el comentario de Rafa.

–Este no es otro planeta –contestó–, es nuestro monte, después de años de no tener contacto con la lluvia.

Una exclamación de sorpresa se escuchó en los niños.

–¿Pero qué sucedió? ¿Por qué ya no ha llovido? –preguntó Rafa.

–¿No lo recuerdan? –dijo Buffoni.

Los niños, extrañados por la pregunta, negaron con la cabeza.

–Aquél día del concierto, ustedes cazaron a todos los animales –les explicó Fortunato con un poco de tristeza–. Después de eso la lluvia nunca regresó. Mi charca se fue secando, igual que todas las plantas del monte. Cuando la gente del pueblo se dio cuenta de que el agua escaseaba, tuvieron que ir a buscar otro lado para vivir, lo mismo hicieron los animales. Yo decidí quedarme, no tengo

otro lugar a dónde ir y pensé que si insistía con mis cantos, podía lograr que la lluvia regresara, pero no ha sido así.

Los niños se quedaron sorprendidos al escuchar las palabras de Fortunato Buffoni. Felipe, Miguel y Rafa se miraron a los ojos, estaban muy arrepentidos por querer cazar a los animales.

–¡Perdón! –exclamaron los tres niños a la vez.

–Señor sapo, los sentimos mucho –dijo Rafa.

–¿Podemos hacer algo para remediarlo? –preguntó Felipe.

–¿Qué haremos ahora? –exclamó Miguel.

Fortunato volteó a ver a la lechuza blanca. Los niños se habían olvidado de ella por un momento.

–Si no me equivoco, es la lechuza de la montaña la que tienes en tus brazos, Julia –le dijo Fortunato–. Cuando tu proteges o salvas a una lechuza, ella te devuelve el favor. Parece que están de suerte.

El ave comenzó a moverse en los brazos de Julia abrió sus alas y las agitó. Los niños estaban asombrados de verla, parecía perfecta, ya no tenía ni un rasguño, era realmente majestuosa.

–Querida Julia –dijo de pronto el ave, haciendo que todos los niños se quedaran pasmados–, tu amor hacia nuestro bosque y nosotros los animales ha sido la fuerza que me has transmitido para curar mis heridas. Te agradezco mucho, ahora estoy en deuda contigo.

Julia sonrió, se alegró mucho de que la lechuza ya estuviera bien. Mientras, Felipe comenzó a ponerse rojo e intentó decir algo pero las palabras no le salían de la boca, finalmente habló:

–Señora... señora... Lechuza titubeó–, le quería pedir una disculpa... quiero disculparme por haberla... por haberla lastimado. Si acaso regresamos... le prometo que nunca, nunca jamás cazaremos. Me gusta mucho venir al monte con mis amigos, no quiero que desaparezca y que

se convierta en un lugar como éste, quiero que esté ahí hasta que yo sea abuelo y que siempre la gente pueda venir a disfrutarlo.

–Pequeños humanos –intervino la Lechuza–, estoy muy feliz de que todos ustedes finalmente hayan entendido el valor que tenemos los animales para lograr la armonía del monte. Ahora que todos aprendieron la lección, ¡pueden regresar a casa!

La lechuza emprendió el vuelo, con sus largas y blancas alas produjo un torbellino. Los niños empezaron a girar hasta despegarse del suelo, envueltos nuevamente en una densa neblina.



CAPÍTULO 9

UN CONCIERTO PARA LA LLUVIA

Los niños aterrizaron en el mismo sitio de donde habían salido. Se miraron entre ellos y sonrieron por haber regresado. El cielo continuaba nublado y hacía un poco de viento.

Tlacuachín y Lorenzo llegaron en ese momento.

–¡Ahí están! –exclamó Lorenzo con un tono de enojo en su voz– ¡Por qué corrieron de esa manera! ¡No supe ni dónde se metieron!

Julia cargó a Lorenzo Lagartijo para darle un beso. Lorenzo se puso rojo, y aunque dijo “¡fuchi!”, después sonrió feliz.

–¡Por fin estamos de vuelta! –exclamó Julia contenta, mientras daba de vueltas con Lorenzo en las manos.

–Pues a dónde fueron –preguntó Charly Tlacuachín, extrañado.

–¿Cómo, no se dieron cuenta de todo lo que pasó? –les preguntó Mateo.

–Pues... no –dijeron Charly y Lorenzo extrañados.

–Pero si llegaron los otros niños... nos

empezamos a pelear y en eso vino una neblina... se formó un torbellino y ¡que nos levanta a todos! Luego fuimos a parar a un lugar nada bonito, nos encontramos un sapo y luego la lechuza de la montaña nos trajo de regreso y...

Tlacuachín interrumpió a Mateo cuando notó la presencia de los otros niños.

–¡Son ellos! ¡Ellos son los niños que vienen a cazarlos! –gritó alarmado– ¡Tenemos que advertirles a los demás!

–Calma, Tlacuachín –le dijo Julia–, ya lo arreglamos todo. No les harán daño nunca más, ¿verdad? –dijo volteando a ver a los niños.

Rafa, Miguel y Felipe negaron con la cabeza, cabizbajos. De pronto, Rafa caminó hacia Lorenzo, que había bajado de las manos de Julia para defender y calmar a

su amigo Charly, y se arrodilló.

–¡Perdón! ¡Perdónennos! –rogó Rafa con las manos juntas–, ¡no volveremos a matar a tus primos lagartijos!

Lorenzo tragó saliva al escuchar eso, preguntándose por qué todos encontraban siempre la manera de provocarle escalofríos. Pero ignoró esa sensación para decirles a sus compañeros:

–¿Ya ven?, les dije que no necesitaría ayuda para lidiar con estos niños, ¡mi pura presencia ha bastado para ponerlos a mis pies! ¡Mjum! –dijo muy orgulloso.

Todos se rieron con el comentario de Lorenzo. De pronto, se escuchó el sonido de la lechuza en la lejanía. Los niños sonrieron, agradecidos.

–¡Santas catarinas! –exclamó de pronto Tlacuachín– ¡El concierto ya va a empezar! ¡Vamos, tenemos que apurarnos!

El nuevo grupo de amigos se dirigió al concierto. Los músicos ya estaban en sus posiciones, esperando la señal del director. Ahí estaba, de espaldas sobre la roca, con su varita en la mano derecha para dirigir.

El sapo volteó de reojo hacia ellos y les dijo:

–Qué tal, niños, nos volvemos a encontrar, ¿eh?

En cuanto los músicos empezaron a tocar, un rayo se escuchó a lo lejos. Las gotas comenzaron a caer sobre todo el monte y los animales. Mientras unos tocaban, otros comenzaron a bailar y a cantar. El agua fresca mojaba la cara de los niños. La armonía que produjo el concierto recorrió todos los rincones del monte. Todos estaban muy felices.

FIN







Epílogo

Felipe, Rafa y Miguel regresaron a su casa aquella noche. Estaban abriendo la puerta cuando de pronto, escucharon aleteos. No recordaban que ahí estaban los periquitos que habían capturado. Felipe volteó a ver a su hermano y a su amigo, y sin decirse nada, los tres caminaron hacia la jaula. Con cuidado, la abrieron. Tres periquitos los miraban desde adentro.

–Perdónennos –les dijeron Felipe y Miguel en un susurro.

–Vamos amiguitos, ¡sean libres! –les dijo Rafa con entusiasmo.

La noche olía a tierra mojada por la lluvia que acababa de caer. De pronto, tres periquitos emprendieron el vuelo hacia la noche estrellada. Aquel día no sólo cambió la vida de cinco niños, sino de alguna manera, la de todos los habitantes del monte.



Primera edición
Un canto para la lluvia
Se terminó de imprimir en noviembre del 2012.
En Gráfico 21
Segovia 23 Colonia Álamos, México D.F., c.p. 04300
www.grafico21.com
Su tiraje es de 3000 ejemplares,
sobre papel couche de 150 gr.
Encuadernación en cartulina couche 250 gr.
Para su impresión se utilizaron las fuentes
Sabon bold y Sabon roman

SERIE DE CUADERNOS LAS TIERRAS Y LOS MONTES DE LA COSTA DE JALISCO

1 ¿CÓMO ERA ANTES EL LUGAR DONDE VIVIMOS?

AUTORAS: ALICIA CASTILLO, CLAUDIA GALICIA,

LUCÍA MARTÍNEZ, ANNA PUJADAS Y NATALIA SCHROEDER.

ILUSTRACIÓN: ANNA PUJADAS Y NATALIA SCHROEDER.

2 ¿POR QUÉ ES IMPORTANTE EL MONTE?

AUTORES: KATHERINE RENTON, PATRICIA BALVANERA,

MARK OLSON Y ALICIA CASTILLO.

ILUSTRACIÓN: MARK OLSON

3 ¿QUÉ PASA CON EL AGUA?

AUTORES: JOSÉ MANUEL MAASS, MARISA MAZARI,

ADRIANA FLORES Y ALICIA CASTILLO

ILUSTRACIÓN: CARLOTA ALARCÓN

4 UN CANTO PARA LA LLUVIA

UN CUENTO DE JIMENA PAZ E ITZAMNA GÓMEZ

ILUSTRACIÓN: ALEJANDRO AGUILAR BUSTOS

5 LA ESTACIÓN DE BIOLOGÍA CHAMELA UNAM

AUTORES: JORGE HUMBERTO VEGA RIVERA

Y VÍCTOR SÁNCHEZ CORDERO DÁVILA

ILUSTRACIÓN: TANIA CORTÉS REYES

Cada libro es una invitación a leer y cada persona que lee un libro
acepta establecer un diálogo con quienes escriben dicho libro



Distribución gratuita
Prohibida su venta

ISBN: 978-607-02-3732-4



9 786070 237324